

SHĀN

Javier Costa Rocha

“Había un artista que pintaba para el príncipe de Qi.

- Dígame – dijo el príncipe –, ¿cuáles son las cosas más difíciles de pintar?

- Perros, caballos y cosas semejantes – replicó el artista.

- ¿Cuáles son las más fáciles? – indagó el príncipe.

- Fantasmas y monstruos – aseguró el artista –. Todos conocemos a los perros y a los caballos y los vemos todos los días; pero es difícil pintarlos como son. Por eso son temas complicados. Pero los fantasmas y los monstruos no tienen forma precisa y nadie los ha visto nunca; por eso es fácil pintarlos”.

-Han Fei Zi-

SHĀN

Hace muchos años, en los tiempos en que los dioses convivían en nuestras tierras, los hombres estaban en guerra. La Gran China no era sino un conjunto de reinos enfrentados entre sí por codicia y ambición, y en los reinos enfrentados, los pueblos que los conformaban también se enemistaban y asesinaban cegados por la sinrazón de la guerra. En este escenario tan desolador transcurre la historia de Gēnbù y Shānjiǎo.

Gēnbù y Shānjiǎo eran dos reinos vecinos que convivían en el valle de la montaña Shān, una de las más bellas de toda China, especialmente en los momentos en los que este cuento comienza, entre primavera y otoño, con el florecer de los hermosos hibiscos. El reino de Gēnbù mantenía una milenaria tradición en el arte del tejido de bambú, mientras su hermano Shānjiǎo, que antaño fabricaba útiles de cocina, se vio arrastrado por la ola de beligerancia que sumía todo el continente al forjado de espadas y puntas de flecha, como una carpa de río se ve arrastrada por la corriente cuando nada cerca de una cascada. Cierta día el rey Tānxīn de Shānjiǎo declaró la guerra a sus vecinos tras descubrir un yacimiento de cobre en su lado del valle, y a pesar de la negativa del rey Lǎonián del reino de Gēnbù, que nunca gustó de guerras ni enfrentamientos, comenzó el que sería un conflicto desgarrador para la región de Shān. Hay quien dice que en los albores del conflicto el mitológico Quilín se apareció ante Tānxīn como símbolo de una paz alcanzable, y que este lo degolló en el acto con su jian, y con sus escamas forjó una armadura que expuso en su palacio.

Pasaron los meses y los soldados de ambos reinos caían en combate día a día, como hojas del ginko en noviembre; aventajándose en el conflicto el guerrillero reino de Shānjiǎo. En este ambiente de desolación pasó el joven príncipe Nānmín su juventud, a quien el sufrimiento de su pueblo alejó de excesos y ostentaciones propias de la realeza, desarrollando una personalidad generosa y sincera. Al acabar el segundo año de guerra, Gēnbù se encontraba ya cercada por el ejército enemigo, y cada día del tercer año de guerra avanzadas

enemigas penetraban en la ciudad para saquear y sembrar el terror entre los ciudadanos.

La guerra fue enloqueciendo a Tānxīn, que habiendo olvidado que unas minas de cobre comenzaron el conflicto, desarrolló una absoluta aversión por sus vecinos de Gēnbù. Cuando el joven Nànmín cumplió los 16 años, su padre, Lǎonián, envió al rey enemigo una propuesta de rendición, que Tānxīn contestó asesinando al mensajero que llevaba el encargo: no quedaba para el pueblo de Gēnbù sino su exterminio, tal era la locura que a Tānxīn había consumido.

ESCENA 1

(El interior de un palacio. Dos personajes discuten en tono elevado)

Soldado: Señor Lǎonián, debemos luchar hasta el final. Qué pensarán nuestros ancestros de nuestro papel en esta guerra. Si el enemigo ha llegado tan lejos, es porque se lo hemos permitido con nuestra falta de iniciativa.

Lǎonián: *(Enfadado)* Silencio Zhànzhēng. Esta no es una guerra que podamos ganar. A pesar de nuestros esfuerzos, nunca venceremos a un ejército que disfruta la guerra y vive por ella, cegada por el odio fratricida. Debemos buscar una alternativa que no ponga en riesgo a más inocentes.

(Un sonoro portazo interrumpe la conversación, provocado por la entrada precipitada del joven Nànmín a la sala del trono)

Nànmín: Padre, tengo la solución a esta sinrazón que sufrimos desde hace años. Los dioses que habitan en lo alto del monte Shān nos ayudarán a enfrentar esta guerra.

Lǎonián: (*Desalentado*) Joven Nànmín, hemos ofrendado cuanto tenemos a los dioses de la montaña cada día de esta guerra, solicitando de ellos ayuda, consejo y fortuna en la batalla, y no ha sido suficiente para ellos. Me temo, hijo mío, que no podemos ofrecerles mucho más en estos duros momentos.

Nànmín: No me refiero a las ofrendas, padre, sino a viajar hasta su poblado en la cima de la montaña y convencerlos para que intercedan en las negociaciones de paz y nos permitan llegar a un acuerdo que no ponga en peligro a más de nuestros súbditos.

(Rotundamente negativo en un primer momento, el rey Lǎonián parece pensar en la idea de su hijo, que termina por convencerle, pero, apenado, contesta)

Lǎonián: Desgraciadamente que los dioses no pueden hacer tal cosa, Nànmín: Las divinidades son capaces con su poder provocar terremotos que arrasen ciudades, encender la noche más oscura y silenciosa con sus relámpagos o colorear cual papel de arroz los bosques al llegar la primavera, pero en ningún caso pueden intervenir en la libertad humana. Dicen que el canto de un ruiseñor puede despertar en el hombre cruel el sentimiento de armonía que todos los dioses de China le son incapaces de inducir.

Nànmín: Pidamos pues que nos permitan convivir con ellos en la cima del monte Shān. Trabajaremos su tierra y confeccionaremos para ellos todo tipo de útiles de bambú.

Zhànzhēng: (*Ofendido*) ¿Qué es esto? Una retirada hacia la montaña. Es inaceptable. ¿Dónde está nuestro valor? ¿Qué hay de nuestros soldados caídos? ¿Acaso no dieron su vida por vencer esta guerra?

Lǎonián: General Zhànzhēng, no es momento de honrar a nuestros muertos, sino de salvar a nuestros vivos, para que ellos, sus hijos y los hijos de sus hijos puedan honrar por siempre a los que dieron

su vida por esta oportunidad que nos propone hoy Nànmín. Está decidido: Zhànzhēng, viajarás junto con una compañía de 70 hombres hasta la cima de la montaña para solicitar protección a los dioses.

Nànmín: ¿Cuándo partiremos, padre?

Lǎonián: Nànmín, tu no formarás parte de esta empresa. Tu deber está aquí, con tu pueblo. Yo soy ya un anciano, y si algún día le falto a nuestras gentes, tú deberás sustituirme. (*Tose*). Eres sabio y bondadoso, confío en que no le falles a Gēnbù. (*Breve pausa*). Zhànzhēng, prepara a tus soldados y disponeos a marchar mañana al amanecer. Suerte en tu cometido.

(Zhànzhēng se marcha del salón con resignación)

ESCENA 2

(Paisaje exterior en el que se encuentran Zhànzhēng y un grupo de soldados, algunos montados a caballo y otros a pie, alrededor de un colorido carruaje.)

Soldado 1: Señor Zhànzhēng, ya están todas las provisiones guardadas en los carruajes y los soldados dispuestos a partir.

Zhànzhēng: Excelente. ¿Habéis almacenado también las armas y la brea? ¿Y qué hay de los presentes con los que obsequiar a los dioses?
Soldado 2: Sí, señor, está todo dispuesto para partir.

Zhànzhēng: Magnífico. (*Su rostro muestra una mueca siniestra*)
Estad preparados soldados, pues tras este viaje los dioses nos concederán el poder de aplastar a los enemigos de Shānjiǎo. Con los dioses de nuestro lado, ¡la victoria es la única opción!

(Mientras los soldados muestran su apoyo al general, las cortinas del carruaje se corren levemente y las luces se apagan dejando iluminado esta nueva rendija, a través de la cual se asoma ligeramente Nànmián, sin ser visto por el resto de personajes en escena).

ESCENA 3

(Un escenario exótico. Se aprecia un cielo claro a través de frondosos ginkos, con lo que parece ser un castillo antiguo, mientras que en el centro, con una suave y acogedora iluminación, se distingue a 5 personajes caracterizados como animales antropomórficos, alrededor de un estanque, cuyas aguas producen un relajante sonido ambiental)

Gallo: (*Disgustado*) Habrase visto una actitud así. Esos mortales van a venir hasta aquí para forzarnos a ayudarles. Yo me niego rotundamente a obedecer a estos miserables humanos.

Serpiente: Debes entender, Gallo, que este pueblo está al borde de la extinción a manos de los salvajes de Shānjiǎo. Somos su única esperanza.

Tigre: (*Malhumorado*) No ofendas a los soldados de Shānjiǎo, Serpiente. Luchan con fervor y honor hasta la muerte, y por ello son mis protegidos. Esta guerra es mi único entretenimiento aquí arriba, desde que decidimos no intervenir en los asuntos de los humanos.

Gallo: De no ser así, Tigre, no podríamos vivir en armonía y paz como lo hacemos ahora, por mucho que estos mortales traten de impedirnoslo. Yo no pienso ayudarles.

Tigre: Yo estoy de acuerdo con su líder, ese Zhànzhēng: Creo que ya es hora de tomar cartas en el asunto e interceder. Darles el poder para enfrentarse a Shānjiǎo provocará una batalla espectacular. Los hombres la recordarán por generaciones.

Serpiente: Y tú, Hombre, ¿no sientes compasión por tus congéneres?

Hombre: (*Impertérrito*) Yo trascendí de la banal mortalidad hace cientos de años, Serpiente, y nada me une ya a los hombres. Si por mí fuera, prolongaría este conflicto hasta que en esta montaña solo quedáramos nosotros, y no tuviéramos que compartir el valle con nadie nunca más.

Gallo: Eso es. No vamos a permitir que los humanos dictaminen como debemos actuar.

Serpiente: Me sorprende vuestra falta de empatía para con nuestros vecinos mortales. Puede que carezcan de nuestra longevidad y poder, pero puedo ver que no les aventajamos mucho en corazón. Ahora entiendo por qué los actos de bondad son llamados humanos y no divinos.

Hombre: Nosotros no empezamos esta guerra y no tenemos ningún motivo para terminarla. He hablado.

Serpiente: Y tú, mono, ¿también estás contra mí?

Mono: (*Divertido*) Lo cierto es que me sorprende esta iniciativa de ese tal Nānmín. Será divertido ver qué sucede una vez lleguen aquí, más aún que esta absurda discusión.

Gallo: Eso será si llegan hasta aquí...

Javier Costa Rocha

(Los dioses abandonan la escena por cada uno de los extremos, quedando sola Serpiente en el centro del estanque, que, manteniendo una expresión ausente, parece pensar en la compañía de humanos que viaja hacia ella)



ESCENA 4

(En el bosque, la partida de Gēnbù avanza jovial. Nànmín permanece con la cabeza asomada por el carruaje sin que nadie repare en su presencia. El cansancio no parece hacer mella en Zhànzhēng, que mantiene una pose altiva y sonrío con maldad imaginando la bendición divina por la que dirige la campaña)

Zhànzhēng: No habrá un descanso hasta el anochecer, soldados. Y no olvidéis manteneros alerta, esta zona está bajo el dominio de los pérfidos guerreros de Shānjiǎo

(De entre la maleza aparece un anciano con signos de agotamiento. El hombre porta una caja de madera que agarra con cuidado y firmeza)

Zhànzhēng: Alto anciano. ¿Qué empeño le lleva por estos territorios?

Anciano: Tenía entendido que esta zona de la ladera pertenecía al reino de Shānjiǎo.

Zhànzhēng: ¿Es un ciudadano de Shānjiǎo? Me temo pues, que no puedo dejarle con vida, buen hombre, a riesgo de que informe a sus aliados. Explique si lo desea su historia antes de morir, anciano.

Anciano: *(Sorprendido)* ¿Va usted a ejecutarme, guerrero? Verá, mi nombre es Hóuzi y viajo a través del bosque para entregar este paquete a mi hijo, que vive en Gēnbù, fabricando las mejores cestas de bambú del continente. No tengo permitido el acceso y los soldados de cualquiera de los bandos me matarían si me descubrieran, por lo que trato de moverme sin ser visto. Si va usted a matarme, le ruego envíe este paquete a mi hijo de regreso a su reino. Se llama Huǎngyán

Zhànzhēng: Así lo haré anciano. Ahora... *(Busca con la mirada al soldado más cercano)* tú, ejecuta a este pobre hombre. *(Visiblemente entristecido, el soldado se acerca al anciano, que ya se encuentra postrado, y se dispone a desenfundar su espada cuando del carromato salta Nànmín, que se interpone entre el soldado y Hóuzi)*

Nànmín: ¡No te atrevas a atacar a este pobre desgraciado! Su único crimen es haberse separado de su hijo. Desacatar mis órdenes es ofender al rey Lǎonián

Zhànzhēng: (*furioso*) Príncipe Nànmín. Su padre le prohibió viajar con nosotros, pero aun así aquí está, realizando una acción que le costaría la vida a cualquiera de los aquí presentes, ¿y lo hará para salvar a uno de nuestros enemigos?

Nànmín: La tierra que arrastra con sus pies descalzos no es rastro de maldad ni bondad alguna, y con ella no se puede saber del anciano Hóuzi más que el lugar del que proviene. Ahora, dejadle libre.

(Zhànzhēng y Nànmín se mantienen la mirada durante unos segundos: el primero, con furia y desprecio, y el segundo con determinación. Tras esta silenciosa batalla, Zhànzhēng eleva la mano, en un gesto que el soldado ejecutor comprende al instante enfundando su espada y se retirándose. El anciano se acerca entonces al joven que le ha salvado la vida)

Hóuzi: Tus ancestros aplauden con efusividad tu determinación y empatía, y los míos lo hacen por no tener que reencontrarse aún conmigo. Ten joven príncipe este obsequio, y úsalo cuando tu vida corra peligro para que pueda así saldar esta deuda que mantengo contigo.

(El anciano saca de un bolsillo un frasco negro y se lo entrega a Nànmín, que intenta sin éxito descubrir, sin abrir la tapa, que contiene. Tras esto, el anciano se despide escuetamente y se marcha)

Zhànzhēng: (*Sarcástico*) Ahora, señor príncipe, permítame mantenerle prisionero el resto del viaje. Llevamos un día de travesía, y me parece insensato regresar por su culpa. Quería viajar, y lo hará en las mejores condiciones...que se pueden ofrecer a un preso (*se ríe*). Que quede claro que asumo gustoso las consecuencias que el rey me imponga.

(La compañía retoma su partida, mientras unos soldados atan a Nànmín y le suben a un caballo)

ESCENA 5

(Los soldados preparan un campamento en el que pasar la noche que, como la atmósfera oscura del bosque permite adivinar, se encuentra próxima. Entre todos los guerreros se distingue a Nànmín con una cuerda alrededor de su torso, inmovilizando sus brazos)

Zhànzhēng: Bien, acamparemos aquí y pariremos con la primera luz del amanecer. A este ritmo, mañana habremos llegado.

(Los soldados se sientan en el suelo cuando se escucha un ruido repentino, que alerta a los guerreros)

Soldado 1: *(Asustado)* Cuidado, me ha parecido oír el rugido de un tigre.

Zhànzhēng: *(Despectivo)* No digas sandeces. Se trata sin duda de un ejército enemigo. Esta es una ocasión perfecta para atacarlos.
Nànmín: General, ni siquiera sabe cuántos enemigos hay, ni si nos encontramos rodeados.

Zhànzhēng: Somos 70 hombres y ellos una patrulla. Estoy convencido de que los superamos cuatro a uno. Será mejor atacar antes de que nos rodeen

Nànmín: Tu obstinación con la batalla me recuerda a una fábula que oí hace años. Verás: Ji Liang se encontraba de viaje, pero regresó al reino de Handan al descubrir que el príncipe Wei planeaba invadirla. Nada más llegar fue a ver al rey:

- Cuando regresaba a Handan– le dijo al rey–, me crucé en el monte Taihang con un hombre que se dirigía al Norte. Me dijo que iba al Reino de Chu, que se encontraba en la dirección opuesta. «Si es así, ¿por qué se encamina hacia el Norte? – le pregunté». «No importa –

replicó –. Tengo buenos caballos». «Sus caballos pueden ser excelentes, pero usted ha tomado una dirección equivocada». «Bueno, tengo bastante dinero». «Puede tener bastante dinero, pero esta dirección es la contraria». «Bueno, tengo un magnífico cochero». «Cuanto mejores sean sus caballos –concluí –, cuanto más dinero tenga y cuanto más experto sea su cochero, tanto más se alejará del Reino de Chu».

(Los soldados estallan en sonoras carcajadas, mientras que Zhànzhēng, aunque muestra desaprobación en su rostro, parece haberse divertido con la historia)

Zhànzhēng: Está bien, pequeño príncipe, parece que tus historias divierten a mis guerreros. Quiero que los 20 hombres más sigilosos descubran lo que perturba la quietud de esta noche y hagan una guardia en busca de soldados enemigos. El resto descansará hasta el amanecer.

ESCENA 6

(La compañía se encuentra ya en marcha a plena luz del día)

Zhànzhēng: Estamos a unas horas de llegar a la cima del Shān. Ha sido un viaje muy tranquilo, pero no bajéis la guardia hasta que nos encontremos con los dioses que allí habitan.

(De repente se aparece una bestia de aspecto quimérico a la que se distingue el torso de un oso, las patas de tigre y una gran cabeza de babuino, sobre la cual se alzan dos grandes cuernos de ónix)

Bestia: Soy el Xiao que habita esta montaña y protege el reino de la cima de entrometidos visitantes. Nadie ha sorteado nunca mi guardia, pues todo aquel que busca audiencia con los dioses sufre el mismo destino: Sacar mi monstruosa hambre. Ahora, disponeos a morir.

(El Xiao se abalanza sobre un soldado y comienza a devorarlo. Los gritos de la víctima sustituyen la quietud ambiental previa al encuentro)

Nànmín: Que alguien me desate, se cómo acabar con esta bestia.

Zhànzhēng: No digas sandeces, joven. *(Dirigiéndose a los soldados)* Escuchadme todos, su gruesa piel parece inmune a nuestras flechas, así que utilizad las espadas.

(Los soldados avanzan hacia la bestia que se retuerce y los golpea, aparentemente indiferente a los espadaos)

Bestia: Ningún ejército, por muy grande que fuera, ha sobrevivido nunca a mi vigilancia.

(Mientras la bestia acaba sin dificultad con los guerreros que se abalanzan con intención de darle muerte, Nànmín recoge una espada del suelo con sus manos inmovilizadas, y la utiliza para serrar la cuerda que le mantiene prisionero. Una vez conseguido, saca de su bolsillo el frasco que el anciano le había entregado y lo abre ante la bestia. El frasco provoca una explosión de humo y luz que impide ver nada por unos instantes. Una vez los soldados recuperan la visión, descubren que el monstruo ha desaparecido, y que en su lugar solo queda un charco de viscoso líquido)

Zhànzhēng: Bien, avancemos. Honraremos las muertes presenciadas una vez terminado nuestro cometido, y de este modo nuestros compatriotas no habrán muerto en vano.

ESCENA 7

(El escenario vuelve a mostrar el exótico valle en el que habitan los dioses. Por un extremo del mismo aparece Zhànzhēng acompañado de dos de sus hombres)

Zhànzhēng: Este lugar es increíble. No veía tanta vida y color desde...desde que esta guerra comenzó.

(Por el extremo opuesto hacen acto de presencia los 5 dioses)

Hombre: *(Con un rostro completamente serio)* Veo que habéis sorteado todas las dificultades de vuestro camino. Decidme, general

Zhànzhēng, ¿qué es lo que os obliga a viajar hasta aquí con tanta premura?

Zhànzhēng: Ilustre deidad. Un humilde siervo de vuestra voluntad os solicita ayuda para poner fin a la ya tan larga guerra que perturba la tranquilidad de esta vuestra montaña.

Gallo: *(Con desprecio)* ¿Qué tipo de ayuda requieres, mortal?

Zhànzhēng: Solicito el poder necesario para acabar con los malvados enemigos de nuestro bando, que envenenan vuestro valle con su crueldad y su perfidia.

(Nànmín entra en escena corriendo hacia los dioses, preocupado)

Nànmín: Poderosas deidades, pido reconsiderar nuestra petición, sustituyéndola por una más humilde y menos destructiva.

Tigre: *(Furioso por la intercesión en su deseo de otorgarle poder destructivo a Zhànzhēng)* ¿Por qué deberíamos escucharte, joven?

Mono: *(Divertido)* Déjale hablar, tigre. Al fin y al cabo, es gracias a él que estos hombres han llegado hasta nosotros. Llevamos siglos sin recibir visitas por ese molesto Xiao.

Tigre: Dinos pues tu solicitud.

(Los dioses esperan expectantes, mientras que Nànmín, se arma de valor para realizar su propuesta)

Nànmín: Solicito en nombre de mi pueblo que nos acogáis en vuestra rica aldea. La cima es suficientemente grande para todos nosotros. Trabajaremos la tierra y os abasteceremos de todo cuanto necesitéis.

Gallo: *(indignado e iracundo)* ¿Pero hasta dónde hemos llegado? ¿Vamos a compartir nuestro hogar con estos parias? Estas gentes nos quitarán cuanto tenemos y traerán la guerra a nuestro paraíso. Nada les debemos y nada nos une a ellos. ¿Por qué sacrificarnos por estos hombres, que en nada pueden compararse a nosotros?

(Gallo y Serpiente comienzan a discutir simultánea e ininteligiblemente)

Zhànzhēng: No hagáis caso a este crío, no sabe lo que dice. Solo solicitamos ayuda en el combate. Una breve intervención y no volveremos a molestarles nunca más. Lo juro.

Hombre: *(Se mantiene completamente indiferente a la situación que está teniendo lugar entre sus hermanos dioses)* La auténtica pregunta es: ¿por qué deberíamos ayudaros?

(Se produce un silencio general mientras los dioses contemplan a los humanos, que no disimulan su esfuerzo mental por encontrar una respuesta adecuada)

Nànmín: Nada tenemos que ofreceros salvo nuestra historia de desesperación y la buena voluntad de compensar este impagable favor.

Zhànzhēng: *(Muestra su alegría al recordar algo)* Nada de eso, poderosas deidades. *(Recitado de memoria)* Traemos obsequios con los que esperamos compensar vuestras molestias en satisfacer nuestro requerimiento.

Hombre: vuestras baratijas no tienen ningún valor para nosotros.

Zhànzhēng: (*para sí*) Ahora que lo recuerdo, a los dioses les encantan las alabanzas. (*En voz alta*) Cierto es que nada puede necesitar criatura tan pura como la divina, que en su perfección...

Hombre: (*Con una ligera sonrisa*) ¿Os disponéis a lisonjearnos? Está bien, continuad.

Zhànzhēng: (*Se postra*) Hombre, el más sabio de los dioses. Su divinidad es como el sol que alumbra a los mortales. Los dioses son como...

Nànmín: Sois como el Taotie.

Hombre: (*Sorprendido*) ¿Somos como el qué?

Nànmín: Como el Taotie, una bestia tan voraz que devoraba todo cuanto veía, y cuya hambre insaciable lo llevó a comerse a sí mismo. Así sois de ambiciosos, pues mirando por vuestro propio interés termináis por perjudicaros a vosotros mismos al permitir una guerra que consume el monte y a todos los que lo habitamos

(*Serpiente disimula una sonrisa, Gallo, Hombre y Tigre no ocultan su indignación y Mono comienza a reírse con profusas carcajadas*)

Tigre: (*Iracundo*) ¿Cómo osas?

Mono: (*Calmando su risa, actúa como mediador*) Decidido pues, nos retiraremos a debatir vuestra propuesta.

Nànmín: Mi gratitud, Mono. ¿Cuándo sabremos vuestro veredicto?

Hombre: Las deliberaciones divinas pueden llevar cientos de años, mortal. (*Sonríe*) Así que buscad cobijo. Se acerca el otoño y lloverá intensamente.

(Los dioses se retiran a deliberar)

(Zhànzhēng, hasta entonces postrado, se levanta y envía una mirada cargada de odio contra Nànmín)

Zhànzhēng: (*Una vez se han ido los dioses*) Ya habéis oído, soldados. Preparad la brea. Si los dioses nos dan la espalda, les haremos intervenir por la fuerza. Esta noche la cima del Shān arderá cual volcán.

(Nànmín sorprendido al escuchar el plan, se marcha corriendo en la dirección que tomaron los dioses)

Zhànzhēng: (*Apuntando a dos soldados*) Vosotros, ¡no dejéis que Nànmín alcance a los dioses!

(Las luces se apagan. Se escucha un grito)

ESCENA 8

(La misma plaza de la cima del monte, pero con Zhànzhēng tendido en el suelo. Junto a él se encuentran los 5 dioses, Nànmín y un soldado que no disimula su pavor)

Hombre: Zhànzhēng despertará en unos días. No queremos volver a verle por nuestro monte.

Nànmín: Yo mismo se lo comunicaré.

Gallo: (*Debatiéndose entre admiración y desaprobación*) Joven Nànmín, ¿por qué viniste a avisarnos del ataque de Zhànzhēng? Sabías que nuestro veredicto no llegaría a tiempo de salvar a tu pueblo.

Nànmín: Eso no justificaría un acto de barbarie como prender fuego a vuestro bello paraíso de la montaña. No podemos asesinar para huir de la guerra, pues la estaríamos arrasando con nosotros como una sombra de la que nunca podríamos separarnos. No sois nuestro enemigo, y si vuestro veredicto llegaba tarde para mi pueblo, quizás no lo hiciera para los reinos venideros que busquen amparo en vuestra aldea.

Serpiente: Tus palabras me conmueven y tus actos te honran,

Nànmín. Hablo por mí cuando digo que tu pueblo puede vivir en mi porción del poblado, pero seréis muchos en este espacio. No tendréis apenas espacio ni trabajo para todos vosotros, menos aún lujos ni ostentaciones

Nànmín: Cualquier sitio será mejor que Gēnbù, ahora sitiada y destrozada por la guerra y la miseria. No puedo sino agradecer vuestro acto de bondad, noble Serpiente.

Mono: Yo también cederé gustoso mi sección de la cima, noble Nànmín.

Gallo: (*Asqueado*) ¿Y qué hay de Zhànzhēng? ¿Y si el pueblo que traéis a nuestra cima alberga a más gente como él?

Serpiente: Es un riesgo que hay que correr. Demasiadas vidas están en juego como para generalizar de un modo tan injusto acerca de los mortales.

Tigre: (*Conmovido*) Yo también compartiré mis terrenos con vosotros, mortales. ¿O acaso creías que os ibais a llevar todo el mérito, hermanos?

(Dioses y hombres se ríen y celebran en vistas de un próspero porvenir mientras la luz se desvanece, dejando el escenario sumido en la oscuridad)

Cuando Nànmín regresó a Gēnbù a avisar a su padre de la gran noticia, descubrió a los partisanos de Shānjiǎo arrasando su reino y quemando todo cuanto encontraban. Nànmín reunió a todos los habitantes de Gēnbù que encontró y los alejó del reino, conduciéndoles a través de las montañas hasta la cima en la que comenzarían su nueva vida.

De este modo, pasaron los años y Nànmín, como un habitante más del pueblo de Shān, cultivó los campos que allí se crearon y aprendió a trabajar el bambú junto con su pueblo, que vio en la cima de la montaña un paraíso en el que convivir alejados de la sinrazón de la guerra. Mientras tanto, Tigre, Serpiente y Mono vieron mermado su lujoso estilo de vida, pero aceptaron gustosos el sacrificio, pues a lo largo de su convivencia descubrieron que no todas las riquezas son posesiones ni territorios al disfrutar, enseñar y aprender con los humanos con los que a partir de entonces convivirían. Gallo y Hombre nunca renunciaron a sus posesiones, como sí lo hicieron a su hermandad con los otros dioses, que vieron en los mortales sentimientos más loables que los de sus codiciosos hermanos.

En el valle la guerra siguió, pues una vez conquistado Gēnbù, la sociedad de Shānjiǎo volvió a dividirse y enfrentarse entre sí para mantener viva la llama del odio, que, si bien nunca se apagó, tampoco se expandió por la montaña hasta llegar a la cima, en la que hombres y mortales conviven, aún hoy, en auténtica unión.

En memoria de los valores fundacionales de la Unión Europea constatados en el artículo 2 del Tratado de la Unión Europea. Q.e.p.d
“La Unión se fundamenta en los valores de respeto de la dignidad humana, libertad, democracia, igualdad, Estado de Derecho y respeto de los derechos humanos, incluidos los derechos de las personas pertenecientes a minorías. Estos valores son comunes a los Estados

Javier Costa Rocha

miembros en una sociedad caracterizada por el pluralismo, la no discriminación, la tolerancia, la justicia, la solidaridad y la igualdad entre mujeres y hombres.”